

## OPINIÓN

ITZIAR MARTÍNEZ-PANTOJA  
y PABLO STRUBELL**Con el sudor de su frente**

**L**egamos de noche a Antsirabe, la capital malgache de los *pousse-pousse*, esos carros de tracción humana con dos ruedas y un asiento para pasajeros. Al bajar de la furgoneta, contratamos uno para que nos llevara al hostel. Cargamos las mochilas y nos subimos los dos. Parecía increíble que aquel hombre tan escuálido pudiera con todo aquel peso. Pero insistió, y hasta se peleó con otros para retenernos como sus clientes.

Sentados cómodamente en el carro, nuestra conciencia empezó a removerse al oírlo resoplar por el esfuerzo y ver cómo el sudor le empapaba la espalda. Corría sin descanso tirando de nosotros y, además, descalzo.

No hubo que esperar hasta el final del trayecto, quince minutos después, para que nos asaltaran las dudas. ¿Era razonable, incluso ético, pedirle a alguien que se esforzara así por nosotros? ¿Lo estábamos explotando? Al contratarlo, ¿perpetuábamos aquel duro trabajo? ¿No hubiera sido mejor coger un taxi motorizado, aunque apenas unos pocos circularan en aquella ciudad?

**Sentimiento de culpa**

Lo que sucedía era muy sencillo: habíamos pagado a alguien para transportarnos, sí, pero a costa de su propio esfuerzo y sudor. Y no solo eso; además, veíamos cómo lo realizaba delante de nosotros. Eso era lo que nos hacía sentir culpables: éramos muy conscientes del esfuerzo, se nos hacía evidente. Como quien contrata a un porteador para cargar con nuestra mochila y equipaje, o a un remero para que remonte el río en

la piragua, en lugar de hacerlo uno mismo. Sí, lo que más nos incomodaba era que ese trabajo agotador resultara tan visible.

No es extraño. En nuestra sociedad, hemos intentado eliminar —o al menos minimizar— los trabajos más duros, el esfuerzo físico, el sudor. En nuestro mundo, son las máquinas y los motores los que hacen esos trabajos. Por eso, pedir que una persona haga aquello que normalmente haría una máquina en nuestros países de origen nos hace sentir algo inhumanos. Nos parece indigno. Y verlo, además, nos perturba.

**Todo requiere tiempo**

A veces creemos viajar para ponernos a prueba frente a situaciones en las que nuestros valores no sirven, no son aplicables a la realidad en la que nos encontramos. Para aprender que en el mundo hay tantas realidades como países, culturas o gentes. Sin embargo, ajustarnos a esas nuevas situaciones no es fácil ni instantáneo. Decidir si nos parecen aceptables o no puede llevar un buen tiempo; muchas veces, más que el propio viaje.

Tanto nos impactaron nuestras sensaciones y dudas, que nos lo pensamos dos veces antes de volver a contratar los servicios de un *pousse-pousse*. Visto ahora con más perspectiva, de esa manera contribuimos bien poco a que algunos de aquellos hombres ganaran honradamente algo más de dinero al final de la jornada. Aquel era el medio de transporte más habitual allí, en Madagascar, pero nuestros recelos —o valores— no nos ayudaron a verlo con los ojos de la cultura que visitábamos. ●



ITZIAR MARTÍNEZ-PANTOJA es psicóloga. PABLO STRUBELL es autor del libro *Te odio, Marco Polo* (Niberta, 2009). Ambos han recorrido África en transporte público, desde Sudáfrica hasta Marruecos por la costa atlántica; volvieron el 25 de marzo de 2011. Sus experiencias, fotos y vídeos se ven en: [www.africadecaboarabo.es](http://www.africadecaboarabo.es).